

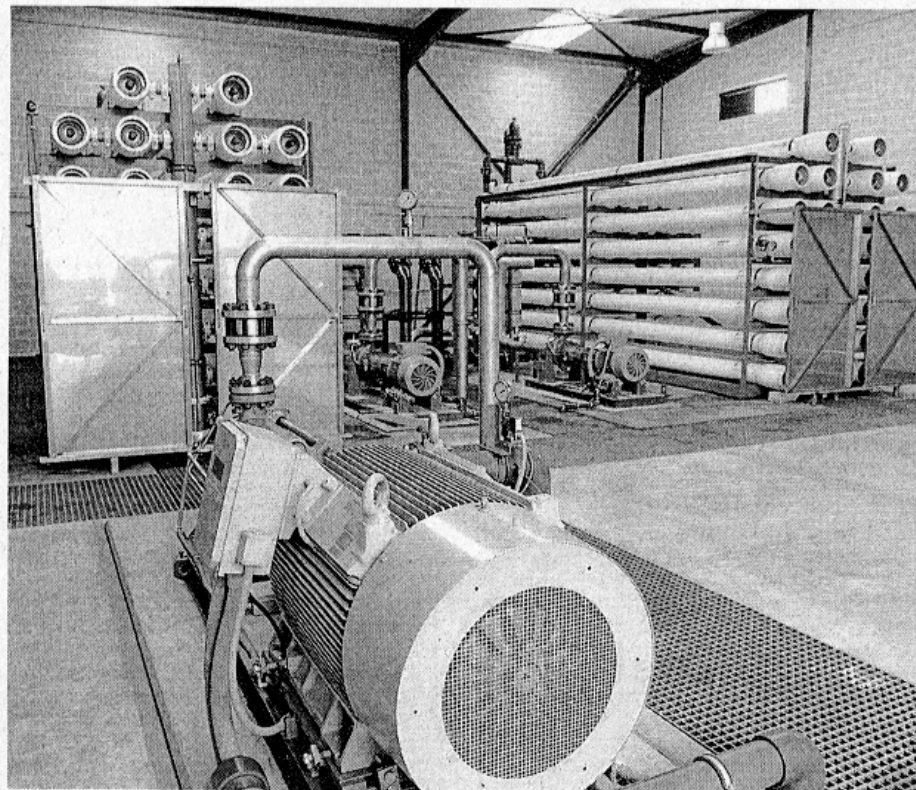
Producción, ahorro y reutilización

El aumento de la demanda de agua obliga a incrementar las inversiones en infraestructuras hidráulicas

El agua siempre ha sido una fuente de preocupaciones en Canarias. El aumento de la demanda derivado del incremento de la población y de las zonas de cultivo a lo largo de los siglos, se ha intentado atender con soluciones diversas, en función de los medios de cada época.

De las primitivas fuentes, pozos y pequeños cursos de agua en algunos barrancos, se fue pasando por la construcción de las primeras canalizaciones en madera para atender la demanda de los núcleos de población más importantes, la apertura de las primeras galerías en el siglo XIX y la construcción de canales de piedra y hormigón, a principios del siglo XX. Al mismo tiempo, fueron apareciendo en el paisaje canario infinidad de estanques, balsas y algunas presas.

Con estas actuaciones se intentó asegurar el suministro de agua a las ciudades y a los campos a lo largo de los siglos, con desigual suerte, pues los recursos disponibles no siempre fueron suficientes para atender la demanda. Sólo a partir de mediados de los años 60 del siglo pasado, la tecnología pudo ofrecer soluciones más o menos viables para producir agua desalada a unos costes razonables y empezar a dejar de depender de los recursos hídricos naturales de superficie o subterráneos. En concreto, fue en Lanzarote donde se instaló la primera planta desaladora en 1964. A partir de ese momento, se fueron instalando otras plantas en Fuerteventura, Gran Canaria y Tenerife, dotadas de diferentes tecnologías, hasta tal punto que Canarias se ha convertido en un verdadero catálogo de tecnologías de producción industrial de agua: desde los sistemas de compresión de vapor, pasando por los sistemas *multi stage flash*, las plantas con tecnología de destilación multiefecto o las plantas de electrodiálisis reversible o las de ósmosis inversa.



Una de las soluciones a la escasez es la producción industrial de agua en plantas desaladoras.

Demanda en aumento. Desde finales de los años 80 del pasado siglo, Canarias atraviesa un periodo de expansión demográfica y urbanística como en ninguna otra etapa de su Historia. La apuesta por un turismo de masas y una agricultura de regadío, junto al aumento espectacular de la población por la llegada de numerosas personas foráneas, sobre todo de la Península, Europa e Hispanoamérica, ha disparado los niveles de consumo de agua y energía, así como la generación de residuos de todo tipo, entre otras cosas. Un territorio de unos 7.500 kilómetros cuadrados soporta una población superior a los dos millones de habitantes, concentrados sobre todo en las

dos islas capitalinas, y una afluencia de turistas que ronda los 11 millones de personas al año. Aunque hay más de 2.000 kilómetros de galerías y centenares de pozos con profundidades superiores a los 200 metros, la realidad es que los recursos hídricos naturales disponibles en las islas ya no pueden atender la demanda sin graves problemas de restricciones y de calidad. De hecho, los niveles freáticos han descendido de forma importante y en algunos puntos hay serios problemas de salinización por la invasión de las aguas marinas.

Ante esta situación, las Administraciones Públicas y diferentes agentes privados, en sus distintos niveles de competencia,

llevan invirtiendo desde hace años, importantes recursos económicos en proyectos que implican actuaciones en tres frentes: la producción y distribución de agua, el ahorro y la reutilización. Así, se está invirtiendo en la captación de nuevas aguas subterráneas, en el control y conservación de los acuíferos, en plantas para la desalación de agua de mar y desmineralización de las aguas salobres, en la reutilización de aguas depuradas, en la modernización de las conducciones principales para uso general y las conducciones generales de agua potable, en las redes de distribución para uso agrario, en el tratamiento de las aguas, en sistemas de aducción y distribución del

abasto urbano, en sistemas de alcantarillado y en sistemas de depuración y vertido. Además, también se actúa en otras vertientes relacionadas con la gestión, la captación y tratamiento de datos y la mejora medioambiental. En definitiva, miles de millones de euros para intentar garantizar que los ciudadanos tengan agua en cantidad y calidad.

En este mismo suplemento dedicamos algunas páginas a plasmar las actuaciones de varias Administraciones insulares, que como se verá, van en la línea de lo que acabamos de comentar. De cara al futuro, los retos se mantienen, porque la demanda de agua sigue aumentando. Por un lado, hace falta incrementar los recursos disponibles y mejorar su calidad global, principalmente recurriendo a la desalinización, en combinación con la utilización de energías renovables, para no depender de unos combustibles fósiles cada vez más caros y escasos. Por otro, hay que aumentar la depuración de las aguas residuales y su reutilización en jardines y zonas de cultivo adecuadas para este tipo de aguas. En tercer lugar, se deben mejorar todas las redes de distribución, tanto generales, como urbanas, para reducir al mínimo las pérdidas. También se deben mejorar las redes de saneamiento y alcantarillado, para evitar la contaminación del subsuelo y los acuíferos, y obtener así más aguas residuales para su posterior depuración. Y por último, pero no menos importante, hay que incrementar la concienciación de los ciudadanos y del sistema productivo en general, para ahorrar agua y reducir el consumo en las actividades agrícolas, industriales y de servicios. En definitiva, multitud de actuaciones en todas las islas, que implicarán nuevas y cuantiosas inversiones.

Texto: Ignacio G. Burzaco